

no dudarle la capital efectiva de Extremadura, ha sabido quedar a la altura que su nombre exigía. Y con esto estimamos que queda consignado el máximo elogio que como humildes cronistas, y admiradores de la sin par ciudad, podemos hacerle.

OTRAS NOTICIAS

En el Casino pacense, y como aportación de las que puedan seleccionarse, las obras que serán enviadas a la proyectada Exposición Bional de Arte Hispanoamericana, se ha celebrado una interesante manifestación artística, que continúa abierta al entrar en prensa este número, y de la que la revista tratará oportunamente.

La Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto de Cáceres, prosiguió su primer curso de conferencias con la intervención de D. Angel Crespo Santillana, puericultor de la clínica pediatra de la Facultad de Medicina de Madrid, que disertó sobre «La educación de la infancia», y de D. Tomás Murillo, decano del Colegio de Abogados, el cual habló acerca de «El optimismo en las postrimerías del siglo XIX».

Los Seminarios de Estudios de la Jefatura Provincial de F. E. T. de Cáceres, han comenzado este año el ciclo de conferencias sobre temas económicos, y la primera de ellas a cargo del Ingeniero Jefe de Industria, Sr. Bautista versó sobre el tema «La industrialización de la Alta Extremadura y posibilidades eléctricas».

Plasencia escuchó complacida la lección que sobre el tema «Teoría del conocimiento humano», exployó D. Arsenio Pacios, en conferencia organizada por el dinámico Seminario de Estudios «Pedro de Trejo», y en Torrejoncillo, la Junta Local de 1.ª Enseñanza ha promovido un movimiento cultural, en cuyo ciclo de conferencias han intervenido el farmacéutico Sr. Hernández Núñez, sobre el tema «La Historia a través del tiempo», y el veterinario Sr. Moreno López que desarrolló el de «Enfermedades animales transmisibles al hombre».

La R. S. Económica de Amigos del País, pacense, ha sido escenario de varias conferencias, entre las que recordamos la del Sr. Gálvez Rodríguez, registrador de la propiedad, sobre el tema «Poesía», no como simple expresión literaria, sino como sentimiento, distinguiendo los poetas activos y los poetas pasivos, y haciendo un recorrido histórico en función de esta interpretación poética y la de D. Hipólito Martínez Manzano, que versó acerca del sugestivo título «Dinámica de la emoción», afirmando que los pueblos emotivos serán únicamente los que se salven.

Nuestro colaborador Sr. Cienfuegos Linares, ha pronunciado, en Almendralejo, en el ciclo organizado por la Junta de la Biblioteca Municipal, una interesantísima conferencia bajo el rótulo «Vocación histórica de Extremadura», que ha sido muy elogiada.

Puesta en contacto la Asociación de Amigos de Guadalupe con el Instituto de Cultura Hispánica, se ha acordado señalar la fecha del 12 de Diciembre del año actual, como la más adecuada para la entronización de la Virgen de Guadalupe, de las Villuercas, en el santuario de Tepeyac. Oportunamente iremos dando noticias en relación con tan transcendental asunto.

Dada la importancia de la obra que está llevando a cabo el Instituto de Colonización, en la provincia de Cáceres y la necesidad de que tales realizaciones se vean debidamente atendidas, se ha procedido a la constitución en nuestra provincia de una subdelegación técnica de dicho Instituto, de la que se esperan grandes beneficios.

En Badajoz se ha inaugurado oficialmente la línea aérea con Madrid, y cuyos servicios regulares darán comienzo en el próximo mes por la Compañía de Aviación y Comercio S. A. Ello supone una mejora enorme, ya que coloca a la ciudad pacense a hora y media de vuelo de la capital de España, siendo de desear que hasta tanto consiga lo mismo Cáceres, se palie el defecto convirtiendo la carretera directa que une a ambas capitales extremeñas, en vía de primer orden, lo que facilitaría el acceso de los cacereños al aeródromo pacense.

Al ingeniero agrónomo D. Román Peña Recio, que hasta hace poco tiempo ha sido Jefe provincial del Servicio Nacional del Trigo, le ha sido concedida, e impuesta en solemne acto, la Encomienda del Mérito Agrícola en premio a sus servicios. A las muchas felicitaciones recibidas por el Sr. Peña unimos muy cordialmente la nuestra.

CURIO O'XILLO

AL MARGEN DE LOS LIBROS

El hombre propone y Dios dispone. No es del caso contar ahora los mil entorpecimientos que nos han privado de nuestro habitual contacto con los lectores. Disgustos, enfermedades y preocupaciones fueron las causas de este silencio. Y como el tiempo pasó, sin que en su inexorabilidad característica hiciese un alto en la marcha, sobre la mesa del despacho amontónanse libros de todo género. Estudios jurídicos y literarios; versos; artículos de periódico coleccionados en volumen; ensayos; aforismos... ¡Cuán fecundo ha sido siempre el ingenio español! Pero ahora se ha redoblado tal prolificancia, y raro es el día que no aparece alguna obra en los escaparates de las librerías.

A nuestros años, esta producción copiosísima nos plantea un serio problema. Si hemos de estar al corriente de cuanto se publica por primera vez, tendremos que renunciar a la lectura de tantos libros no recientes que esperan en las bibliotecas a que les tendamos la mano. Si, por el contrario, hemos de leer cuanto aún no leímos, habrá que desentenderse de los llamamientos y exigencias de las nuevas hornadas literarias. Cualquier resolución ecléctica que adoptemos, nada o muy poco remedia. Y el trance se agrava con las revistas, y los periódicos, y la radio, y las conferencias. ¡Oh, arrolladora actividad espiritual! ¡Oh, impetuoso dinamismo del llamado *homme de lettres*!

El primer libro en que vamos a fijar la atención —primero en el orden cronológico y en el de la jerarquía de los valores morales y literarios— se debe a la docta pluma de D. Diego María Crehuet (1). Es una edición-homenaje, según reza en la cubierta, de sus amigos y compañeros de Notariado, Secretariado, Magistratura, Fiscalía y Academia. ¿Qué mejor elogio puede hacerse de la persona de nuestro ilustre paisano que la enumeración de tales profesiones y actividades? En todas ellas alcanzó notabilísimo relieve. Y ¿cómo no, si la probidad, el talento y el saber son los rasgos y cualidades que le caracterizan? Poned estas prendas tan sobresalientes al servicio de un cargo y ya podéis asegurar cuál será el resultado.

Crehuet no fué sólo un hombre de leyes. Dedicó al conocimiento y ejercicio del Derecho una gran parte de su vida; pero fué también un devoto de la Belleza. Gustó los placeres de la Música y la Pintura. Leyó sin fatiga, ni hastío; con esa impenitencia propia de todos los amantes del libro. Y de este acervar constante, de tales peregrinaciones o andadas por los dominios de la letra impresa, son excelentes testimonios sus disertaciones en la Real Academia de Jurisprudencia y sus escritos testarios en revistas y periódicos.

Supo combinar de tal modo la ciencia del Derecho con la Literatura y el Arte, que lo mismo agradaban sus discursos a los juristas que a los *diletanti* de una y otra modalidad de lo bello. Y aun cuando optase casi siempre, en su comunicación con el público, por la palabra hablada, de la que es verdadero artífice, sus conferencias *La Judicatura en «La Estrella de Sevilla»* y en «*Los intereses creados*»; *La pena de muerte como tema literario*; *Del combate judicial o juicio de Dios*; *La «vendetta» en la Divina Comedia*, se leen ahora con verdadero gusto e interés, sin ese desvío que suelen inspirar los discursos a los amantes del libro, de la palabra escrita. Todo porque en Crehuet se daba un perfecto equilibrio entre el orador y el literato, de manera que la oración verbal siempre estuviese llena de doctrina, y la palabra escrita, de elocuencia.

Cuando leemos hoy los discursos de Castelar, de Pastor Díaz, de Donoso Cortés, de Cánovas del Castillo, ¡cuántas palabras tacharíamos y cuántos conceptos reduciríamos a sus verdaderos límites! El mismo Emerson, tan hondo, vigoroso y poético en sus conferencias, nos produce a ratos cierta desgana. Sólo disertantes del empaque intelectual de Carlyle —*Los Héroes*, por ejemplo— nos aprisionan y atenan. Y leemos estas conferencias o discursos, sin que nos acordemos que en ciertos días del siglo XIX fueron pronunciados.

Si esta es la mejor estimación que puede hacerse de un discurso, queda hecha la que nos merecen los del Sr. Crehuet, diciendo también de ellos que se leen hoy con

(1) *Obras de Diego María Crehuet*. (Madrid, 1950).

el mismo interés, con la misma emoción, con igual gozo estético con que fueron oídos hace años.

No se crea que, debido a nuestras preferencias literarias, hemos pasado por alto las páginas dedicadas en el libro que venimos comentando, a los temas esencialmente jurídicos. Nada de eso. Con todo detenimiento y deleite hemos leído las dos *Memorias* elevadas al Gobierno en la solemne apertura de los Tribunales de 1926 y 1927, como Fiscal del Tribunal Supremo; «Los hijos ilegítimos ante la sociedad y el Derecho», «La garantía jurídica del particular contra los actos de la Administración», etc.

En todos estos trabajos, producto los dos primeros del estudio y de la experiencia, campea el buen sentido, la ponderación y robustez de los juicios, y la valentía al señalar defectos y lacras.

Los discursos pronunciados por el Sr. Crehuet en honor de la Santísima Virgen de la Montaña, con motivo de la declaración canónica de su Patronato, (1906) y Coronación (1924), recogidos también en este volumen, son dos bellas piezas oratorias, sobre todo la segunda, llena de erudición y de galanura.

Cierran el libro algunos trabajos de imaginación: *La eterna jugarreta*, dedicado a nuestro Presidente, Sr. Grande Baudesson; *Los engrillados*, *Deshielo*, *Cosas de la vida* —linda joya literaria—, *La Tirolesa*, *Tropezando y cayendo...*, son cuentos o narraciones breves; de tipos bien forjados, como la Jenara, Epifanio, el Mantío, Remigia, el tío Damián y el tío Lorenzo, el barón de Giles, Elena Adine, los hermanos Ceñón y Alejo; descriptivos y plásticos. El lenguaje vigoroso; recia y honda la pintura de las personas y de las cosas; bien incrustadas en el relato las costumbres y fiestas lugareñas, como en *Boda a satisfacción*.

Precede a las obras del Sr. Crehuet, coleccionadas en este volumen, una cordial y bien escrita *Dedicatoria* de D. Federico Castejón.

El libro está presentado con la mayor pulcritud tipográfica; en letra muy legible y aunque voluminoso, no deja por eso de ser cómodo y manejable.

Al congratularnos de este merecidísimo homenaje a la persona de nuestro esclarcido conterráneo D. Diego María Crehuet, hacemos resaltar la importancia de acto tan simpático y nos unimos a él a través de estos renglones inspirados por la justicia y caldeados por el sentimiento de la amistad más sincera.

* * *

Los Servicios Culturales de esta Diputación han publicado recientemente el primer volumen de la *Enciclopedia periodística de Manuel Sánchez Asensio*. (1)

Pero en este caso no se ha hecho, como en el de D. Diego María Crehuet, una selección de trabajos, sino que al parecer se tiene el propósito de reimprimir en varios tomos todos los artículos periodísticos escritos por el Sr. Sánchez Asensio, con omisión forzosa de los que no han podido hallarse, a pesar de la búsqueda que de ellos se hizo por el colector de tal producción.

No es un reproche cuanto queda dicho, sino una leal advertencia. La labor periodística, por mil circunstancias que les son impuestas, ofrece, entre los temas trascendentales o de interés menos relevante, multitud de efímeras cuestiones, cuya no durable vigencia las reduce a angostos límites dentro del tiempo. Y aunque el robusto entendimiento del periodista; su fino sentido de las cosas; su ingenio, vasto saber, etcétera... procuren dar cierta permanencia a aquellos escritos que giran en torno de tal o cual suceso intrascendente, la realidad, la fuerza de los hechos, en este caso destructiva y anuladora, tiran de aquél, que no tarda en borrarse de la memoria de las gentes y cuya exhumación en un futuro más o menos lejano está ya condenada al fracaso.

No creemos que tuviese en estos días éxito la reimpresión total de los trabajos de D. Miguel Moya o de D. Julio Burell. Como homenaje de los amigos de éstos a la memoria de cada uno, bastaría espigar bien en la cosecha de ambos y ofrecer a los lectores de hoy un conjunto antológico de tales actividades.

D. Manuel Sánchez Asensio fué un periodista de amplia y sólida educación intelectual. Basta asomarse a las páginas de este primer tomo de su *Enciclopedia* para poder hacer dicha afirmación. Sabía de todo mucho y bien. Era un hábil polemista, de gran fuerza dialéctica. Sus vastos conocimientos le permitían moverse con grande desembarazo respecto de cualquier asunto. Y estas notables prendas, en un mundo

(1) Cáceres, 1950.

como el suyo en el que si había también grandes figuras periodísticas, abundaban los pelafustanes y chiquilicuatos, estaban coronadas o embellecidas por una honradez profesional a toda prueba, a machamartillo.

Quizá en ocasiones derrochaba demasiado su erudición, apuntalando a cada paso sus juicios con los de otras personas eminentes. Aunque las citas fuesen oportunas, esto es, «no traídas por los pelos», como suele ocurrir con muchos eruditos de esos que no se saben su erudición, —como observaba D.^a Emilia Pardo Bazán— y que sólo tienen el mérito de haber formado un copioso fichero de frases del que tirar a cada momento, hubiera sido preferible descargar un poco los escritos de ellas.

Nada hubiera perdido así la fortaleza de los propios argumentos, bien elaborados y entretreídos, y ofrecerían además esa espontaneidad e ingravidez de todo lo que es nuestro, y que por ser sólido y consistente, no requiere el apoyo ajeno.

Agobia un poco en estas páginas del ilustre periodista, —hemos de reiterarlo— la abundancia con que se transcribe el pensar y sentir de los demás.

El estilo del Sr. Sánchez Asensio dista mucho de la construcción asmática hoy tan generalizada. Su lenguaje es numeroso, elocuente; no carece de vigor expresivo y muéstrase por lo general correcto y castizo.

Lo más notable de este escritor fué el celo, el entusiasmo, la incondicionalidad con que sirvió al catolicismo. Su pluma, empleada muchas veces como almajanaque o catapulta contra los enemigos de la Iglesia, estuvo siempre dispuesta para el ataque o la defensa, y llena de bríos, de vehemencia, de acometividad. Fué un paladín al que no desalentaron los ímpetus del enemigo, ni sus artimañas y habilidades. Es posible, sin embargo, que los juicios que emitió acerca de algunos políticos de fines del XIX o primeros de este siglo, sean un poco apasionados: que la mancomunidad de ideas y creencias le arrastrase a encarecer excesivamente a unos y a rebajar demasiado a otros el discrepar fundamentalmente de sus doctrinas.

Reunió y clasificó los artículos que integran esta *Enciclopedia*, D. Ignacio María Echaide. Les antecede una *Semblanza* del Sr. Sánchez Asensio, «Príncipe de los periodistas españoles», hecha por D. Juan Marín del Campo y un *Prólogo*, de D. Santiago Gaspar Gil, en el que, con suelto y ameno estilo, se estudian las causas que, a juicio del prologuista, han influido en el oscurecimiento del Sr. Sánchez Asensio; el paso de éste por la Universidad salmantina; el motivo determinante de su vocación, y otros aspectos de su persona: el polígrafo, el hombre, etc.

El lector dispone al final del libro de un Índice Analítico-Alfabético, que facilita el manejo de la obra, confeccionado por la Delegación de Servicios Culturales.

* * *

Pasemos de la prosa a los versos, a la poesía, que según dijera D. Antonio Ros de Olano en el Prólogo de *El Doctor Lañuela* «es pensar alto, sentir hondo y hablar claro.» Por cierto que es muy corriente ver atribuida esta frase al duque de Rivas, cuando la verdad es que corresponde al autor del *Lenguaje de las Estaciones* y de *La Gallomagia*.

Nos hemos acordado de esta definición de la poesía, porque vamos a referirnos ahora a un poeta —Díaz de Entresotos— que piensa alto, siente hondo y habla claro. (1)

Libráranos Dios si no de ella, pues generalmente en los versos que hoy se componen, ni se piensa alto, a no ser que esos conceptos oscuros, enigmáticos e impenetrables de que hacen gala nuestros poetas equivalgan a tal cosa, ni se siente hondo, ya que la deshumanización de la poesía ha cegado las fuentes del corazón, ni se habla claro, pues buena parte de las composiciones actuales son verdaderas logomaquias, contra las que se estrella el más agudo sentido.

Díaz de Entresotos es el poeta de la melancolía, del recuerdo, del pasado. No cabe duda que las formas actuales de la vida cada vez son menos fusibles a la inspiración, al sentimiento lírico. Los ojos se vuelven a un pretérito más o menos remoto, porque sus ideas, sus afectos, sus luces, sus colores, hieren más profundamente nuestros sentidos, nuestro corazón. Siempre que la ciencia avanza, la poesía retrocede. La ciencia es la precisión, la exactitud, la verdad, y la poesía el misterio, el ensueño, la vaguedad, lo fabuloso. La nostalgia de un mundo que nos parece mejor, que nos ofrece más ricos manantiales de emoción y de gozo, tira de nosotros, se apodera de nuestras almas, que se rinden a tal hechizo.

(1) *Versos de ayer y de hoy*. (Valencia, 1950).

El Sr. de Entresotos, antes de decirnoslo en verso, nos lo dice en una prosa muy bella y emotiva: «Cualquier cosa rebosaba poesía. En las viejas ciudades españolas, los campanarios vigilantes que convocaban con repiques de júbilo los días solemnes y tradicionales; en las viviendas, su independencia y calor hogareño; en las costumbres, la tradición pura y marcal; en las mocitas que despertaban los primeros sueños de amor, el pudoroso recato; en la campiña, la permanencia de un sabor de églon; en el enigma del tiempo, su manso fluir...

«Cuando todos estos restos de vivir encantado y antiguo acabaron por desmoronarse, despertó mi alma, vivamente herida, a la poesía de lo que se marchaba; no con invectivas hacia el presente, sino con tierna y perfumada *saudade* del pretérito». (1)

He aquí en síntesis la explicación de estos versos. La inspiración, la sensibilidad, la delicadeza, la ternura al servicio de tal empeño estético. Los recuerdos del pasado, las gustosas sensaciones de las cosas, las sombras ideales, vagas, imprecisas, de las almas que vivieron junto al poeta, la imagen deleitable de ciudades andaluzas, el campo extremeño, el paisaje asturiano, van desfilando a través de un lenguaje rítmico, cuyos caracteres más notables son la elegancia, la tersura y la corrección.

Aun cuando propenda más a lo descriptivo que a lo lírico, esto es, narre, que nos comunique los tesoros íntimos del corazón, no hay una pintura de las personas o de las cosas, que no muestre alguna honda pincelada sentimental, afectiva.

Si frente a este ramillete de inspirados versos, tuviéramos que decirnos por algunos, he aquí sus títulos: *Un reloj antiguo, En el curso del tiempo, Mañana, Un Maestro rural, Atardecer, Una vez...*, VIII, IX y XI de *Notas líricas, Los ojos de mi perro, Anohecida, En el huerto, Un soneto, Lejanía, Estación rural, Retratos...*

En todas estas composiciones hay un fondo hondamente lírico. Los sentimientos fluyen con una deliciosa naturalidad. El verso, bien forjado; pulcro y bruñido, sin imágenes extravagantes, ni concesiones al mal gusto, se tiñe de melancolía, o de honda ternura, o de nostalgia... Y este fluir gozoso, como cediendo a nobles impulsos de un corazón ganado por el recuerdo triste de lo que fué; sin enrevesados lirismos, sin arbitrarias formas expresivas, nos atrae dulcemente, se apodera de nuestra voluntad.

No se crea por el título del libro *Versos de ayer y de hoy*, que existe una transición o solución de continuidad entre estas composiciones. El ayer y el hoy se refieren al tiempo en que fueron escritas, pero no expresan dos maneras diferentes de componer versos, dos estilos o escuelas distintas.

Díaz de Entresotos, hasta ahora al menos, y que Dios le haga perseverar en este modo de su realización poética, ninguna contribución ha pagado a la desatada inconfinencia —digámoslo con este eufemismo para que nadie se enoje— de nuestros líricos actuales.

El libro está muy bien impreso.

* * *

Que Jaime Delgado es un excelente poeta, es conclusión a la que llegamos fácilmente, tras de abrir las páginas de su *Hombre de soledad* (2) y leer algunas de las composiciones breves que contienen. Pero a la par que hacemos esta afirmación, digamos también que es poeta de altibajos, que lo mismo está en el ápice, como desciende en vertical caída. ¿Por qué? ¡Ah, pues porque aun cuando la traza de sus versos es del todo clásica —giros, pureza y elegancia de dicción. pulcritud de imágenes— ha de pagar su alcabala a la flamante poesía de la hora presente!

Imaginamos a una persona enturbiando el agua cristalina, bautizando el vino, ensuciándose de barro las botas. ¡Qué extraño!, diríais, ¿Hay algo más bello que el agua limpia, más sabroso que el vino puro, añejo y concentrado, más digno de imitarse, que el llevar el calzado limpio?

Pues hay poetas, y Jaime Delgado es uno de ellos, que teniendo una facilidad enorme para versificar, un perfecto oído para medir y acentuar el verso, una despierta imaginación para tejer bellas imágenes poéticas y establecer comparaciones; un rico caudal lírico que hacer fluir a sus poesías; ternura, emoción, etc., ha de componer conceptuosamente, forjar versos de tan grosero metal como éste: «Recordarás que mi gabardina estaba sucia»; «en el contorno fijo, *litorado*»; «ahora que en cada ojo certifican». No sé si porque a causa de mi profesión he tenido que extender certificados o

(1) *Versos de ayer y de hoy*, pág. 16.

(2) Santander, 1950. De la Colección *La Isla de los Ratones*, que dirige Manuel Arce.

andar entre ellos, la verdad es que me desagrada esa palabra y que no quisiera que se acordase de ella ningún poeta.

«La nube que será formón de ausencia—para mi corazón de pino seco». ¿Pero es que se puede sostener lícita, honradamente, que aquí hay un solo adarme de poesía? Cuando topamos con estas extravagancias, arbitrariades, degeneraciones del gusto, del sentido poético, nos acordamos de aquellas palabras de Barrés con motivo del Greco: «¡Qué lección para esos pobres artistas... que suponen que desdendiendo la tradición y sustrayéndose a las enseñanzas de los maestros afirman mejor su personalidad!».

E incurre en estas torpezas quien cuando quiere, y quiere a menudo, para deleite y gozo de los lectores de buen gusto, compone versos de tan ricos quilates, puro oro obrizo, como éstos:

Porque llegaste, amor, tan lentamente,
tan suave y tan audaz hasta mi frente,
que pareció tu arribo retirada.

Y ahora te vas, amor, tan blando y lento,
tan lento y tan fugaz, que es un momento
sin fronteras tu huída y tu llegada.

Carecemos ya de espacio para señalar los numerosos contrastes que nos presentan las poesías de Jaime Delgado. Pero observemos que aún sus poemas más bellos, —*Nadie, En las orillas del sueño, Más allá, Lectura con amor* (fina sátira en verso), *La muerte sin espera. A una muchacha que tocaba la guitarra, Canción de la niña muerta, En el aire movido por tu vuelo, Desesperanza, Abandono, Resurrección, Canción, Poemas del silencio*, 1 y 3, *Para tí, Recuerdo*—allí donde la inspiración, el sentimiento, la elegancia de la forma, se dan cita, asoma su caraza el mal gusto por contaminación del ambiente, quizá más que de modo deliberado y reflexivo.

«Todos sus ojos marrones»... ¿Pero es que andamos con *todas* las piernas y cogemos las cosas con *todas* las manos? Esto son extravagancias, señor Delgado. Pase lo de «ojos marrones», aunque en mi larga vida de lector nunca tropecé con tal adjetivo aplicado a los ojos (1); pero no se me arguya, en defensa de ese «todo» indeterminado o indefinido, que se quiere expresar con él, que los dos ojos de la muchacha y más que hubiera tenido, fijáronse en el poeta. Y ese «en su *inhallable* y clara maravilla» con que termina el *Soneto del arrepentimiento*, por otra parte singular y ejemplarísimo? Híbrido verso, de buen y mal gusto, en que el dulce ligado de «clara maravilla», va a la zaga de un «inhallable», desusado e incluso incorrecto, que por su propia rareza o falta de uso repugna al lector menos descontentadizo y exigente. Imperdonable descuido o libertad inadmisibles con relación al último verso de un soneto, ya que como es sabido tanto en lo que toca a la forma como al fondo, debe ser el mejor forjado de los catorce que habitualmente integran este género de composiciones. La poesía tiene sus prerrogativas y sus exigencias, y del mismo modo que nos sorprendería ver a un elegante varón vestido de etiqueta, que llevase alpargatas, o a una linda dama, de traje de noche, que fuese con una cesta de las de ir a la plaza, al brazo, nos parece condenable y aborrecible que al lado de sentimientos, ideas y elocuciones apropiados y bellos, haya imágenes, comparaciones y palabras que podrían estar en cualquier otra parte menos en un poema. Y para decir todo esto no hace falta ser un Boileau o un Herosilla, si no queremos salir de casa. Basta tener de la Poesía—así, con mayúscula—cabal concepto.

Quando Jaime Delgado se libre de ese sarampión poético que padece la mayoría de nuestros jóvenes, podrá codearse con lo mejor del Parnaso actual —con los Hidalgo, y los Maruri, y los Hierro—, que dicho sea de pasada y refilón, tampoco están limpios de culpa.

Don Antonio Solano, de Barcelona, ha tenido la gentileza de enviarnos su libro *Ensayo tímido: Aforismos* (2) y queremos expresarle con estas líneas nuestro agradecimiento.

(1) «Marrón» es palabra francesa —*marrón glacé*— que significa castaña. En nuestro idioma se designa con ella la piedra con que se juega al marro, y nada más.

(2) Barcelona, 1950.

Lo verdaderamente difícil en una colección de pensamientos, máximas, sentencias, aforismos, es mantener el tono. En un largo poema—*dormitat Homerus*—no debe sorprendernos que el interés decaiga; mas en una serie de breves poemas, recogidos bajo un título, tenderemos a considerarlos individualmente, y el éxito dependerá del valor de cada uno. Es decir, que en la epopeya, por ejemplo, se estima el conjunto, y en las composiciones breves, el mérito de cada una. Como los pensamientos y las sentencias son pequeños islotes o todo lo más archipiélagos, si fueron reunidos bajo un determinado denominador común, habrá que valorarlos como tales unidades y no como suma de ellas. De aquí, que siendo muchas las tentativas hechas en este género de actividades del entendimiento, pocas son las que lograron dorada plenitud. Las máximas de Epicteto, los caracteres de La Bruyère y los pensamientos de Marco Aurelio, de Pascal, porque fueron de metal precioso, aún perduran en el recuerdo...

La verdad de este hecho ha llevado al Sr. Solano a poner a su libro por título, el de *Ensayo tímido; Aforismos*, sin caer en la cuenta de la contradicción en que incurre, pues siendo el aforismo, como es sabido, una sentencia breve, bien madurada, sobre las personas o las cosas, nacida de nuestro conocimiento de la vida, de la sociedad, etc., parece que elimina toda idea de timidez, cobardía o irresolución. Se pueden hacer tímidas experiencias sobre muchas cosas: sobre el amor, sobre la amistad, sobre la virtud, pero sin llegar a establecer conclusiones, pues tan pronto quedan asentadas éstas en los términos claros, exactos, rotundos, propios de la sentencia, del axioma o del aforismo, la timidez será más aparente que real e imposible reconocerle posesión o dominio alguno en el ámbito en que nos movamos.

No abunda hoy esta clase de libros porque tiene el camino sembrado de dificultades. Véncelas, sin embargo, el Sr. Solano a fuerza de conocimiento y experiencia de la vida, del mundo, de las personas, de las cosas y de talento para deducir de tales cualidades, los aforismos que integran su libro. La observación profunda de los hechos circundantes; el erigirse en espectador analítico de la sociedad, y el estar dotado de aquellas prendas espirituales sin las que no habría interpretación, ni síntesis posibles de los fenómenos humanos, hacen viable este ensayo filosófico y moral, escindido en multitud de bellos y juiciosos pensamientos. Pero como en tal campo de experimentación abundan más los yerbajos venenosos que las plantas aromáticas y beneficiosas, todo el libro o gran parte de él está atravesado de una veta de amarga filosofía. El cinismo, las injurias, la murmuración, el amor, la sociedad, el egoísmo, lo moral y lo inmoral, la amistad, etc..., promueven en la mente del Sr. Solano, breves y agudas reflexiones, no siempre dirigidas al bien, pues el reconocimiento de ciertas pústulas de la sociedad suscitan juicios más corrosivos que edificantes.

Nótanse también en el libro que comentamos algunas paradojas, determinadas influencias de otros pensadores—cosa inevitable, pues aun cuando los hombres sean distintos, las ideas son siempre las mismas—y más de una contradicción, que el autor justifica en el Prólogo, con estas palabras: «En nuestras relaciones sociales y en las más variadas actividades uno suele reaccionar de distintas maneras, a pesar de que las cosas sean las mismas y se produzcan los hechos en parecidas circunstancias.»

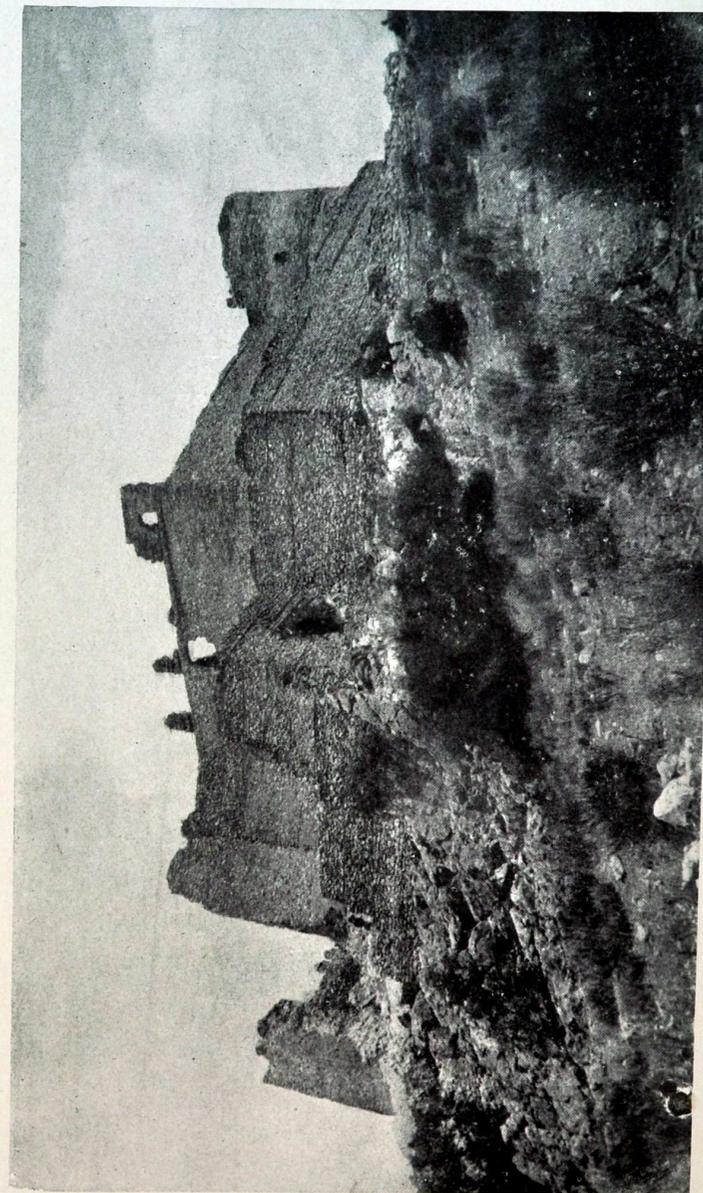
Al final de la obra encuentra el lector unos renglones muy cordiales y discretos de D. Rosendo Llates.

PEDRO ROMERO MENDOZA

* * *

CLAMOR DE TIERRA, por Ramón González-Alegre Bálgora. Col. «Alba». Vigo-

Ramón González-Alegre Bálgora, autor de este libro que nos ocupa es natural de Villafranca del Bierzo, pueblo leonés a dos pasos de Galicia, cuyo paisaje es cuerpo, nervio y razón de ser del poeta. Razón de ser es el estado noble del existir, un valor eterno de creación, un comulgar con las cosas que nos van haciendo y empapando el espíritu. La tierra no tiraniza jamás al poeta; al contrario, le clama fuera y dentro. Son amaneceres y tardes, verdes o grises, aires limpios o brumosos, es el árbol, la piedra, el río, el valle, el monte, el infinito cielo, es, en fin, el mundo, una conjunción de mundos. El universo lloviendo en el alma del poeta que se siente, como la tierra seca, ávido de esa lluvia y de ese viento, para fructificar en voz, en melodía, en grito, en *Clamor de tierra*:



ALBUM EXTREMEÑO: Portezuelo. Vista general del castillo

El Bierzo sobre el alma
entre la sangre, sin leyendas
con savia humana clara
entre romero y flor.

«Clamor de tierra» se llama este libro de Ramón González-Alegre Bálgora, brillante de limpio, luminoso de claro, sincero de tan sentido. En este libro no hay rebuscamientos ni sensiblerías de segunda mano, ni trasnochamientos, ni sonambulismos de filósofo desacomodado.

En «Clamor de tierra» florece el poema palpitante y sencillo. Esta sencillez por la que abogamos y que nos parece, por lo rara—difícilmente la vemos—la más costosa de obtener en el poema. Esta sencillez que da prestancia y belleza al poema. Sencillez, sí. Sencillez aunque sólo sea por elegancia, por dignidad, por honradez. Escuchemos:

Vega, chopo y buen rocío
al otro lado del puente
Galicia cerca el poniente
con lanzas de sol y frío.

Villafranca, en extravío,
busca el paso en su costado
con zuecos y acento, armado
de un galaico desaffo.

Otro lado y otro río,
Valcárcel, que lento pasa.
Pedregal, molino y brasa
del horizonte bravío.

Parece que el poema se sale de su letra, de su molde, como la luz del astro. ¡Qué manantio tan claro, tan fresco, tan vivo, tan del corazón, el de estos poemas de Ramón González-Alegre Bálgora! A esto y no a lo otro—falso de angustia y crueles, de rapaz lagartijero—, es a lo que llamamos nosotros poesía.

J. D.



A NUESTROS COLABORADORES

Rogamos a todos cuantos nos honran con su colaboración, que envíen sus trabajos firmados.

No basta con que indiquen al pie de ellos y en la última cuartilla, pero a máquina, el nombre y apellidos. Es absolutamente necesario, para estar dentro de la legislación que rige en la materia, que vengan firmados de puño y letra del autor.

La falta de observancia de cuanto antecede nos impondría la tarea de devolver los originales recibidos, para que en cada uno se estampara la firma del colaborador; y habrán de reconocer éstos el tiempo que perderíamos, cuando tan fácil es que se nos complazca en cosa tan razonable y obligada.